

José Manuel Roca

Dios castiga a América

Piensa a lo grande y pateas culos en los negocios y en la vida
Donald Trump

Ha ocurrido lo inconcebible, lo indeseable y, empero, posible; Donald Trump, la persona menos apta para gobernar un villorrio, ha llegado a la presidencia del, todavía, país más poderoso del mundo. Millones de ciudadanos de Estados Unidos y millones de personas que no lo son se preguntan cómo ha podido suceder.

Hay, claro está, elementos de todo orden que lo explican; factores estructurales y coyunturales, factores económicos, culturales y políticos, que han influido en su victoria, pero uno de ellos, y decisivo, es el complejo, injusto, anticuado y poco democrático sistema electoral, que ha permitido que Trump, con 62.979.879 votos populares y 304 votos electorales recibidos, 241 diputados en la Cámara de Representantes y 52 senadores, resultase vencedor en las elecciones de noviembre, mientras Hillary Clinton haya perdido con más votos populares, 65.844.954 (6,5 millones menos que Obama) y 227 votos electorales. La ex senadora obtuvo 194 representantes y 46 senadores.

En una población total de 324.289.210 personas, las inscritas para votar fueron 231.556.622 y las que finalmente votaron fueron 137.053.916. La participación fue del 55,4%, pero desde 1972 la participación en las elecciones presidenciales no ha superado el sesenta por ciento.

El último heredero de Ronald Reagan

Donald Trump es un hombre blanco de 70 años (pocos días le faltaban a Reagan para cumplirlos cuando llegó a la Casa Blanca), casado y padre de familia, y millonario, como otros recientes candidatos republicanos (Gingrich, Romney) y algunos miembros de su gobierno. Es rico por herencia, su fortuna se estima en 4500 millones de dólares, según la revista *Forbes*, repartidos en multitud de empresas. Arrastra varias quiebras en sus actividades económicas y se jacta de no pagar impuestos (según algunos, es un estratega en burlar al fisco), no ha presentado su declaración de la renta en la campaña electoral y tiene intereses empresariales en una veintena de países.

El magnate americano representa la última versión, zafia, extremada y grotesca, de la llamada "revolución conservadora", puesta en marcha, en los años ochenta, por Ronald Reagan en los Estados Unidos y por Margaret Thatcher en el Reino Unido, e incluso ha usado la misma idea que el actor de cine y luego presidente para definir su proyecto: *Volver a hacer grande América*.

A lo largo de casi cuatro décadas, la sociedad estadounidense ha quedado marcada por los valores y actitudes de un Partido Republicano cada vez más orientado a la derecha, que se

ha mostrado neoliberal en el campo económico, ultraconservador en el ámbito moral, unilateral en política exterior, militarmente expansivo, depredador de países del tercer mundo y expoliador de la naturaleza.

El pensamiento de los partidarios de un capitalismo sin frenos legales ni morales, del Estado mínimo y del mercado máximo, de rebajar los impuestos a los ricos y los salarios a los trabajadores, precarizar el empleo, dividir y trasladar empresas a países en desarrollo, reducir los gastos sociales del Estado y aumentar los gastos militares, privatizar bienes y servicios públicos, transferir riqueza desde las clases bajas hacia las clases altas, aumentar la deuda pública, desregular la economía, expandir las reglas del mercado por todo el planeta, gobernar el país como si fuera una empresa privada, establecer la competencia como relación preferente entre las personas y dividir la sociedad entre ganadores (pocos) y perdedores (muchos), se ha enseñoreado de los países occidentales y de buena parte del resto, pero sobre todo de los gobiernos y de las élites dominantes, sin que los mandatos de los presidentes demócratas Clinton (1993-2001) y Obama (2009-2017) hayan podido (o querido) acabar con tal hegemonía, aunque han paliado algunos de sus efectos, ni los dirigentes de otros países hayan osado discutirla.

Estamos, por lo tanto, ante una onda larga de la ideología conservadora de extraordinaria potencia, que el reventón financiero de 2007 pareció, por poco tiempo, detener pues mostró, por un lado, los negativos efectos sociales de la desregulación económica y financiera, y por otro, que los neoliberales tiraban por la ventana los principios que, ayudados por organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, la Organización Mundial del Comercio o la Unión Europea, habían obligado a asumir a otros países y, siguiendo el lema empresarial de que los beneficios son privados pero las pérdidas

son de todos los ciudadanos, acudían al Estado para salvar, con elevadas sumas de dinero público, compañías aseguradoras y entidades de crédito privadas, llevadas a la quiebra por la mala gestión de sus directivos o la ambición de sus consejeros.

El inicio de la recesión acabó con el belicoso gobierno *neoon* de G. W. Bush (jr.), pero no con la hegemonía del pensamiento neoliberal, pues los buenos propósitos de refundar el capitalismo sobre otras bases, anunciados por los principales dirigentes mundiales en las reuniones del G-20, en 2008 y 2009 (en Washington, Londres y Pittsburg), quedaron en agua de borrajas y las frases de Obama *-los días del descontrol tienen que acabar-* o de Sarkozy *-la época del secreto bancario ha terminado-* pasaron a la historia de la impotencia ["Elecciones en EE.UU." Iniciativa Socialista n° 74, invierno 2004-2005; "Bye, bye Bush", *Trasversales* n° 12, otoño 2008; "Obama" editorial, *Trasversales* n° 13, invierno 2008-2009; "Capitalismo indómito", *Trasversales* n° 19, verano 2010; "Neoliberalismo: el poder nuevo de ideas viejas", *Trasversales* n° 32, junio 2014; "Neoliberalismo: el aislado hombre económico", *Trasversales* n° 33, otoño, 2014].

Tras inyectar ingentes cantidades de fondos públicos para salvar el sistema financiero (y en Europa, la moneda única) y aplicar unas drásticas medidas de austeridad, que han hecho retroceder veinte años las condiciones laborales y existenciales de las clases asalariadas y dejado sin amparo público a los estratos sociales económicamente más débiles, no hay duda de que un neoliberalismo todavía vigoroso sigue guiando la acción de los gobiernos.

Hoy, el mundo occidental está orientado por los valores y objetivos de la derecha neoliberal y a la vez conservadora. Lo más alarmante es que, ante la profunda crisis de las instituciones democráticas, las alternativas que se plantean a la situación actual, dada la deserción o la defunción de las izquierdas, llegan desde posturas más conservadoras, bien sean políticas, en forma de

populismos de derecha y extrema derecha, o sean religiosas, en forma de fundamentalismos o de integristas, o bien la mezcla de ambas, pero todas las salidas apuntan a regímenes de tipo autoritario y a la consiguiente merma (o incluso abolición) de derechos civiles.

Trump es un efecto de esto; un personaje de esta época, fruto de una sociedad escindida por la desigualdad económica y de la crisis del sistema democrático general y del norteamericano en particular, que, desde fuera del ámbito político, aparece como un voluntarioso caudillo para resolver los problemas del país más poderoso del mundo buscando fáciles soluciones en el pasado, que ha creído hallar en los mandatos de Ronald Reagan. Quien, a su vez, se inspiraba en un país conformado por la moral del pionero (encarnada por él mismo en las películas del Oeste que interpretó), que ya entonces languidecía y se refugiaba en el interior, en la América rural, aislada, religiosa y profunda. En *La reacción conservadora. Los neocons y el capitalismo salvaje* (Madrid, La linterna sorda, 2009) se puede encontrar una biografía política de Ronald Reagan, así como los fundamentos ideológicos, los apoyos sociales y los objetivos económicos y políticos de su gobierno.

Trump en campaña Autorretrato del personaje

Su trayectoria profesional en el mundo de los negocios y su nivel de renta no han sido obstáculos para presentarse ante los electores como un rico extravagante, rebelde y generoso, enfrentado al "establishment", a los liberales (progresistas) demócratas y a los burócratas de Washington para defender "a la gente", en una especie de versión adinerada y demagógica de Robin Hood con el pelo teñido.

"¿Quién queréis que gobierne América: la clase política corrupta o la gente?" preguntaba a sus seguidores. Y la respuesta de esa gente era obvia: "la gente", o sea, él: un millonario, evasor fiscal para más escarnio,

como mejor representante de la gente que trabaja y paga sus impuestos. Él mismo confirmó esta vacua pretensión el día 20 de enero, en el acto tomar posesión del cargo de Presidente, cuando, en un discurso falso, pedestre y maniqueo, aseguró *Vamos a traspasar el poder de Washington al pueblo*, haciendo creer, si ello es posible, que el pueblo, la gente corriente, la ciudadanía de rentas medias, siquiera como resultado estadístico, pudiera verse representada por un magnate y por un gobierno formado por millonarios y militares, que es una muestra de lo más granado de la oligarquía del país. Lejos de Estados Unidos es difícil entender esa meteórica carrera política, que, desde fuera del ámbito político, aunque hizo un intento en el año 2000, le ha llevado en muy poco tiempo a la Casa Blanca, pero, en su tierra, el magnate no era una persona desconocida.

Como Reagan, que era una cara familiar por el cine y la televisión, Trump, antes de ser candidato a la presidencia, ya era famoso por un programa de televisión (*El aprendiz*, un concurso de talento empresarial en la NBC, en el que mostraba sus cualidades de *showman*) y por sus apariciones en la prensa. En la económica, por su actividad inmobiliaria, como constructor y administrador de hoteles, oficinas, casinos y campos de golf, dentro y fuera de Estados Unidos, además de por sus éxitos como inversor (tiene en su haber buenos "pelotazos" y alguna bancarrota) y por figurar en las listas de los hombres de negocios más famosos (hombre del año, concesión de galardones, premios al liderazgo económico, etc) y más ricos (en 2016 estaba en la 113ª posición de los estadounidenses más ricos y en la 324ª de las personas más ricas del mundo, según la revista *Forbes*, con una fortuna estimada en 4500 millones de dólares). Pero también era conocido por su aparición en la prensa rosa por sus costosos divorcios y porque durante casi una década fue el promotor de los concursos de belleza de Miss USA y Miss Universo.

Un tipo multimillonario, que tiene su pro-

pio programa de televisión, su equipo de fútbol y su marca de trajes, patrocina combates de boxeo y una carrera ciclista (el *Tour de Trump*), aparece rodeado de bellas mujeres, posee su propio avión Boeing 757 y varios rascacielos en el centro de Manhattan, presta su nombre a otros edificios emblemáticos repartidos por el mundo (Chicago, Panamá, Las Vegas, Honolulu, Toronto, Dubai, Atlanta) y tiene, además, una estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood, es una persona conocida y, además, envidiada, pues para muchos hombres ofrece la imagen perfecta del triunfador.

Le han ayudado también los medios de información. Por un lado la prensa y los medios audiovisuales contrarios (como la CNN) o la prensa nacional (*The New York Times*), que se lo han tomado a broma, pero, al ridiculizarle, indirectamente han dado pábulo a sus palabras y han hecho circular sus expresiones, y por otro lado, los grandes medios afines (la cadena Fox) y medios locales vinculados a asociaciones y organizaciones muy activas influidas por el Tea Party. Pero también han jugado un papel importante las redes digitales, que han reproducido y reemitido sus mensajes catastrofistas, llenos de falsedades y exageraciones, pintando un país sombrío, invadido por extranjeros y azotado por el desempleo, por las drogas y la delincuencia, con barrios vacíos, fábricas cerradas y gente con miedo refugiada en su casa. Un país, que, de ser cierto lo que él afirma, debe su situación a empresarios como él y a la desigualitaria forma de gobernar del Partido Republicano.

Esos mensajes pesimistas y llenos de resentimiento, reproducidos desde los medios de comunicación o redactados por el propio Trump en Twiter, han sido replicados, difundidos y comentados en sus redes de seguidores, formando una sociedad paralela que parece vivir en una burbuja aislada del resto del país, inmune a la realidad, a los datos, a las cifras y a los hechos, donde la verdad, por increíble que pueda parecer,

es lo que dice Donald Trump, que lo hace usando términos muy asequibles al pueblo llano, pero no en un lenguaje popular, sino vulgar y grosero.

A personas simples con prejuicios anti-intelectuales, mal formadas (*me gusta la gente sin educación*, ha dicho) y peor informadas, Trump les parece un hombre valiente, porque no utiliza el lenguaje políticamente correcto que han empleado sus adversarios demócratas. Pero el magnate fanfarrón no sólo falsea o exagera, sino que miente a conciencia y vierte calumnias sobre sus oponentes y sobre aquellos que a su juicio están contra él: ha afirmado que Barack Obama no nació en Estados Unidos, ha amenazado con meter en la cárcel a Hillary Clinton y con no respetar el resultado de las elecciones, por estar presuntamente amañadas, si el vencedor no era él; se ha jactado de poder abusar de las mujeres y de poder matar a alguien sin perder votos; ha prometido expulsar a once millones de personas sin documentos de residencia y hacerlo de forma inmediata con tres millones; ha prometido impedir la entrada de musulmanes, levantar un muro en la frontera con Méjico (que deben pagar los mejicanos) para evitar la entrada de violadores y traficantes de drogas, combatir el yihadismo en Iraq y en Siria con bombas atómicas o apoyar el uso de la tortura, entre otros excesos verbales.

Ha atizado el resentimiento y el antagonismo social, se ha comportado de modo grosero, machista, racista y xenófobo -alega que no tiene tiempo de ser correcto- y ha transmitido rudamente a los electores el mensaje maniqueo de un país en decadencia, con la corrupción instalada en las instituciones y la delincuencia en la calle, que necesita las soluciones simples y drásticas que él propone para volver a ser grande, ordenado y fuerte.

En realidad, el verdadero problema está en la deriva del Partido Republicano hacia un derechismo fanático, neoliberal en lo económico y conservador en lo moral, arrastrado por el Tea Party, el grupo de presión

que desea volver a lo que considera los orígenes -el individuo, la Biblia y las armas- y empeñado en aplicar un programa que defiende menos gobierno y menos impuestos, la libre empresa, la familia y la moral tradicional -no al aborto, religión (creacionismo), escuela confesional-, sostiene que la soberanía de Estados Unidos no se negocia y por tanto no acepta limitaciones en materia de armamento o energía (niega el cambio climático) y propone descentralizar (quitar poder a Washington) para conceder más autonomía y más dinero federal a los estados, a los municipios, a la iniciativa privada, a las familias y a las iglesias, que se deben ocupar de los necesitados y liberar al Estado de esa carga.

Entre un 70% y un 85% de los miembros del Tea Party se "informa" a través de la cadena Fox. Más del 60% cree que Obama quería instaurar el socialismo en Estados Unidos, un 40% cree que es musulmán y que pretendía imponer la ley islámica; la inmensa mayoría desconfía de la prensa, de los intelectuales y de los "burócratas de Washington", cree que el gobierno engaña a los ciudadanos (ve conjuras por doquier) y que la labor del Senado y el Congreso era impedir que Obama pudiera gobernar.

Así que Trump es un mal candidato, pero si repasamos la lista -G. W. Bush jr., Newt Gingrich, Sara Palin o Mitt Romney- parece que el Partido Republicano no dispone de candidatos mejores. Como Gingrich y Romney, también millonarios, Trump revela el interés del capital por la política y la aspiración de los ricos de colocarse directamente en el puesto de mando prescindiendo de intermediarios.

Después de lo dicho en la campaña electoral, la llegada de Trump a la Casa Blanca corrobora, en cierta medida, la idea de que cualquiera (menos una mujer) puede llegar a presidente, aunque sea un sujeto poco presentable.

Trump es un tipo narcisista, autoritario y soberbio -temible, según quienes le han tratado-, que tiene perfectamente asimiladas las vejatorias formas de trato que cree que

le permite su elevada posición en la escala social: es rico, es un jefe; manda, es un triunfador, pero con rabieta de niño mal criado. Y ante eso hay que doblegarse, porque Trump ha emprendido esta carrera para ganar, para ser el número uno, porque el resto no cuenta, según la acrisolada doctrina de los neoliberales de llegar a lo más alto y hacerlo en poco tiempo.

Trump ha llegado a la política para ganar y también para hacerlo a su manera -*My way*, ¿recuerdan?-, según sus propias y cambiantes reglas, que no son fijas ni limpias porque es un oportunista. Su, iba a decir filosofía pero dudo que sepa lo que es, su actitud en la vida es la de ganar como sea. Y de casta le viene al galgo, ya que procede de una familia de triunfadores que llegaron bastante arriba en la escala social partiendo de bastante abajo. Nieto de emigrantes europeos, su abuelo regentó un burdel, y quizá de las historias que contaba el abuelito sacó el pequeño Donald sus cavernarias ideas sobre las mujeres.

Así, pues, la primera conclusión a extraer es que antes de empezar a gobernar Trump, ya en la campaña electoral, ha roto las reglas de juego político, no sólo hacia los adversarios, sino hacia los votantes, que también merecen respeto, hacia los votantes propios y hacia los demás. Ha venido a mostrar, y de momento lo ha conseguido, que se puede ganar de cualquier manera; que todo vale con tal de ganar, porque, si no se vence, el resultado no vale. Más aún, no basta con derrotar al adversario, sino que hay que destruirlo, incluso acusándolo de hacer trampa, de traición o metiéndolo en la cárcel.

Para entender el fenómeno Trump -escribe John Carlin ("El problema no es Trump", *El País*, 7-11-2016)- *hay que recurrir a la antropología, en este caso al estudio del ser humano en su versión más salvaje y primitiva. Porque el trumpismo no tiene causa; tiene enemigos. No propone esperanza; propone odio.*

Todo indica que, al dedicarse a la actividad política, piensa seguir las reglas expuestas

en varios libros sobre el éxito personal en los que ha participado y en particular en uno titulado *Piensa a lo grande y pateate culos en los negocios y en la vida* [*Think Big and Kick Ass in Bussines and Life*, 2007, escrito en colaboración con Bill Zanker]

Retrato de los votantes

Se ha dicho que Trump ha recibido un voto transversal, de hombres y mujeres, de jóvenes y mayores, de blancos, hispanos, negros y asiáticos, lo cual es cierto, pero ese voto hay que cuantificarlo.

El resultado electoral ofrece un mapa complejo, que rompe las identificaciones fáciles con los partidos hegemónicos, demócratas y republicanos, por niveles de renta o razones de etnia, género, religión, clase o *estatus* social y aún por zonas geográficas, ya que los republicanos han conquistado estados como Wisconsin, Michigan, Iowa, Ohio y Pensilvania, que, en la zona industrial de los grandes lagos y el nordeste, han sido viveros tradicionales de los demócratas, junto con los estados del Pacífico. En un rápido bosquejo, el reparto de votos en Estados Unidos es el siguiente: las costas del Pacífico y del Atlántico (hasta Carolina) y el norte industrial son demócratas; los estados del sur, del golfo de Méjico y del interior, republicanos. Colorado y Nuevo Méjico votan con los demócratas.

Hillary Clinton ha ganado en las zonas de mayor concentración urbana con un porcentaje alto (85%), pero ha obtenido un porcentaje bajo (25%) en ciudades medias y pequeñas y sólo 10% en zonas rurales, que es donde Trump ha obtenido sus votos, pues no ha ganado en las grandes ciudades, en ninguna con más de un millón de habitantes.

Una encuesta a pie de urna (*The New York Times/El País*, 11-11-2016) indica que Trump ha recibido el voto del 58% de personas blancas, el 8% de negras, el 29% de hispanas y el 29% de asiáticas, mientras que el voto de Hillary Clinton procede del 37% de blancos, del 88% negros, del 65%

de hispanos y del 65% de asiáticos. Por sexos, Trump ha recibido el 53% de votos masculinos y el 42% de votos femeninos, mientras que en Clinton el porcentaje se invierte: 54% mujeres y 41% hombres. En relación con este dato, Trump ha recibido el 58% de votos de hombres casados, el 47% de mujeres casadas y el 33% de mujeres solteras, mientras H. Clinton ha recibido el 62% del voto de mujeres solteras, el 49% de mujeres casadas y el 37% de hombres casados. La diferencia es grande en lo que respecta a las minorías sexuales (LGTB): 78% Clinton, 14% Trump.

Por confesiones, el mayor porcentaje de votos de creyentes es para Trump: 81% evangélicos, 58% otros protestantes y 52% católicos, en tanto que H. Clinton ha recibido el apoyo del 71% de judíos y un 68% de agnósticos. Por estudios, Trump ha recibido el 51% y el 52% de votantes con estudios básicos y bachillerato, H. Clinton el 45% y 43% respectivamente, pero un 49% de universitarios y 58% con estudios de posgrado (45% y 37% Trump); la diferencia se acentúa con personas no blancas: el 71% de universitarios no blancos y el 75% de no blancos no universitarios han votado por Clinton. Trump ha obtenido más votos en lugares donde tres de cada cuatro personas no tienen estudios universitarios.

Según esta encuesta, no hay gran disparidad de ingresos entre sus votantes: los que ganan menos de 50.000 dólares anuales han votado el 52% por H. Clinton y el 41% por Trump; en los que ganan más de 100.000 dólares al año las preferencias son: 47% H. Clinton, 48% Trump. Según otro estudio, el 20% de los votantes con ingresos inferiores a 30.000 dólares al año ha votado a Trump.

Más claridad ofrece la opinión sobre su situación económica respecto al año pasado: el 72% de los votantes de Clinton afirma estar en mejor situación que en 2015, opinión que sólo comparte el 24% de los votantes de Trump. Y al revés, el 19% de los votantes de Clinton dice estar peor, mientras esta opinión se dispara al 78% en

los votantes de Trump.

El mayor interés de los votantes de la ex senadora está en la política exterior (60%) y en la marcha de la economía (52%), el de los votantes de Trump está en la inmigración (64%) y el terrorismo (57%). La cualidad más apreciada en un dirigente es que pueda traer un cambio, 83% en votantes de Trump, que tenga experiencia, el 90% de votantes de Clinton.

Trump ha hallado los mayores apoyos en los pueblos y ciudades pequeñas, en la América interior, aislada, en pequeñas comunidades rurales con predominio de población blanca, cerradas sobre sí mismas, en las que se recela del exterior y de los forasteros, cuyos habitantes describe John Carlin (*El País*, 14-11-2016) de esta manera: *Suelen ser amables en el trato, gente religiosa y honesta, decente dentro de su reducida órbita social. Pero, tras sentarme a hablar con ellos un rato siempre he reaccionado con la misma perplejidad: ¿cómo es posible que hablen el mismo idioma que yo en casa? Sus palabras me son familiares pero sus circuitos cerebrales operan de otra manera. Son gente de fe simple, ajena a la ironía; gente que elige sus verdades no en función de los hechos sino de sus creencias o prejuicios; gente que vive lejos de los océanos y del resto del planeta Tierra, al que tiene miedo. Nunca he tenido una sensación similar de desconexión en Europa, África o América Latina. Sólo en el interior de Estados Unidos.*

Son la América que se ha quedado atrás, o que no ha evolucionado tan deprisa como las costas y las grandes ciudades, que, poseída por un fuerte prejuicio anti-intelectual, se siente excluida económica, política y culturalmente de la marcha del país y amenazada por otras colectividades, presentadas por la propaganda como ávidas de quitarle lo poco que tiene, mientras percibe los efectos negativos de una globalización que ha sido promovida por los grandes grupos económicos estadounidenses, tratando de conquistar nuevos mercados o de rebajar

costes de producción trasladando las empresas a países con gobiernos serviles y nulos derechos laborales, ambientales o civiles, o delegarla directamente en empresas del tercer mundo, mientras alardeaban de un imperial patriotismo que seguía al pie de la letra el lema de Charles Wilson, presidente de la General Motors: *lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos.*

La inversión productiva en el exterior ha acarreado dismantelar industrias en el interior de Estados Unidos, perdiendo, a corto plazo, puestos de trabajo estables y bien remunerados (por ejemplo, General Motors era conocida como *Generous Motors*, por los buenos contratos de trabajo) y destruyendo la trama industrial y comercial construida a lo largo de décadas, lo que ha afectado no sólo a las condiciones laborales - con paro prolongado, empleo precario y mal pagado- sino a la vida de las comunidades, que reposa en factores considerados estables como el empleo de la población y las perspectivas de progreso, de movilidad social, muy valorada en una sociedad individualista y competitiva, y ha afectado, también, a la configuración urbana (ciudades y zonas fabriles abandonadas, barrios fantasmales). La globalización ha cambiado la forma de vivir de mucha gente, colocándola ante un futuro poco prometedor, y cuando la gente siente que el suelo se mueve bajo los pies es fácil presa de demagogos y redentores, y eso es Trump, un falso redentor.

El fenómeno viene de atrás, pues según Susan George, presidenta de ATTAC, *millones de personas han sido marginadas, ignoradas; sus quejas no han sido escuchadas desde hace mucho tiempo* (entrevista radiofónica en *Carne cruda*, 23-1-2017). Y del *justificado y predecible enfado de la clase trabajadora ante el descenso de salarios y de la protección social* provocados por el acuerdo de libre comercio con Méjico y Canadá (NAFTA) no corregidos por el Gobierno de Obama, por un lado, y, por otro, por el favorable trato dispensado a

la banca tanto por Bill Clinton como por Obama [Vicens Navarro: "Es sorprendente que se considere sorprendente la victoria de Trump", Público, 11-11-2016]. La preocupación del Partido Demócrata por atender a la clase media urbana y a las minorías étnicas, culturales y sexuales, ha llevado a desatender a los trabajadores de cualquier sexo y color, olvidando los intereses comunes que comparten como clase social, que es lo que representaba la candidatura de Bernie Sanders.

Tampoco está en Trump tal propósito, pues no se preocupa sinceramente por los más golpeados por el capitalismo, y la salida que propone no es popular sino populista; no insta a las masas trabajadoras o desocupadas a ser más dueñas de sus condiciones de vida recuperando un poder político perdido, usurpado por la burocracia de Washington y por una élite económica a la que él pertenece, sino que pide que deleguen en él, en un caudillo bienhechor, que les devolverá la prosperidad y la confianza en el futuro.

Personas mal informadas, intoxicadas por la propaganda -*Los políticos han prosperado, pero los puestos de trabajo han desaparecido y las fábricas han cerrado. El establishment se ha protegido, pero no a los ciudadanos*, sentencia Trump- y llevadas por el individualismo imperante, han confiado en que un hombre presuntamente excepcional les saque las castañas del fuego y resuelva, pronto y bien, los problemas del país y particularmente los suyos. Y nadie les ha parecido más indicado que un rico heredero, que ha triunfado en los negocios, se ha arruinado varias veces y se ha recuperado, para sacar adelante el país, porque Trump ha demostrado que puede llegar a donde se proponga. Esa gente ignorante, cansada y resentida ha puesto su esperanza en quien emerge como un triunfador nato, confiando en que, como Presidente (y con la ayuda de Dios), muestre sus dotes sacando adelante el país y, sobre todo, a sus votantes más modestos. ¿Acaso Trump es su Hugo Chávez?, se pre-

gunta el novelista John Irving ["Marco Aurelio predijo a Trump", El País, Babelia, 22-11-2016]. Pues algo así deben de haber pensado muchos de sus electores.

Lo fantástico -escribe Carlin ("El problema no es Trump" El País, 7-11-2016)-, *lo grotesco, lo surreal es que tantos millones de habitantes del país más próspero del mundo compartan su visión tribal, y que no sólo Trump sino sus devotos estén sólo un eslabón por encima de la jungla.*

Programa y gobierno

La llegada a la Casa Blanca está despejando las dudas sobre si había un Trump presidente distinto del Trump candidato. ¿Se atrevería a realizar todo lo que había anunciado en la campaña electoral? ¿Serían bravatas o había que tenerlo en cuenta como firmes promesas? ¿Serán capaces de frenarle las instituciones o le acompañarán en sus propósitos?

Está lejos de representar a la población de Estados Unidos un gobierno de hombres blancos y millonarios, cuyas fortunas suman en conjunto 14.500 millones de dólares. Lo que equivale a la riqueza de los 43 millones de hogares más pobres de Estados Unidos [Silvia Ayuso: "El gobierno más blanco, rico y masculino", El País, 20-1-2017].

Las mujeres y los no blancos son la excepción. Lo que dice bastante de las personas que merecen la confianza de Trump y, por si hiciera falta, ofrece pistas sobre sus verdaderos objetivos.

Nikki Haley, gobernadora de Carolina del Sur, representará a Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde tiene poder de veto como miembro permanente. La Secretaría de Educación ha sido confiada a Betsy DeVos, una millonaria de Michigan, partidaria de la educación concertada, y la Secretaría de Transporte a Elaine Chao, de origen chino (Taiwan), que fue Secretaria de Trabajo con G.W. Bush (jr.).

La otra excepción es el neurocirujano negro Ben Carson, que ocupará la Secretaría

de Vivienda y Desarrollo Urbano. Ninguna mujer ni afroamericano ostentarán un cargo tan importante como la Secretaría de Estado, que desempeñaron Colin Powell o Condoleezza Rice con G. W. Bush (jr.).

Rex Tillerson, presidente de Exxonmobil, dirigirá el departamento de Estado. El abogado Reince Priebus, con experiencia política, será el jefe del Gabinete, y el cargo de Jefe de Estrategia ha recaído en Steve Bannon, autotitulado *Darth Vader*, un hombre enemistado con los medios de información (*deberían tener la boca cerrada; los medios son la oposición*) y fundador de la web Breitbart News, un canal de la derecha radical.

El general James Mattis -"perro loco"-, con experiencia en Iraq y Afganistán, será el Secretario de Defensa, y el general retirado Michael Flynn, conocido por su islamofobia y su afinidad por la Rusia de Putin, Asesor de Seguridad Nacional. Mike Pompeo, antiguo oficial de la marina y miembro del Comité de Inteligencia del Congreso, a donde llegó apoyado por el Tea Party, es el nuevo director de la CIA, en tanto que James Comey se mantiene como director del FBI. John Kelly, general retirado del Cuerpo de Marines, ocupa la Secretaría de Seguridad Interior.

Jeff Sessions, el senador que no pudo ser juez por sus chistes racistas y rechazó la legislación contra la tortura, será Fiscal General.

Nadie parece más indicado para dirigir la Secretaría de Energía que el ex gobernador de Tejas, Rick Perry, quien en 2011 se propuso eliminar ese departamento. El nombramiento del Director de la Agencia de Medio Ambiente va por el mismo camino, pues el ultraconservador Edward Scott Pruitt niega que exista el cambio climático y ha bloqueado los intentos de Obama de luchar contra el calentamiento. Sigue esta paradójica línea el nombramiento de Tom Price, médico retirado contrario al aborto y adversario de la reforma sanitaria de Obama, como Secretario de Salud.

La Secretaría de Comercio ha recaído en el

millonario y tiburón financiero Wilbur Ross, cuya fortuna (de unos 2.500 millones de dólares) es algo inferior a la de Trump. Otro "vecino" de Wall Street, es Steven Mnuchin, con una dilatada carrera en Goldman Sachs y su propio fondo de inversión, será Secretario del Tesoro. Ha prometido bajar los impuestos. Otro hombre de Goldman Sachs, Gary Cohn, será el director del Consejo de Economía Nacional.

El presidente de Blackstone, el mayor fondo de inversión del mundo, Stephen Schwarzman, estará al frente de un foro creado por Trump para asesorarle en asuntos estratégicos. Y queda, finalmente, el puesto de asesor personal de Trump, cargo confiado a Jared Kushner, empresario inmobiliario con una fortuna de unos 200 millones de dólares y editor de *The New York Observer*, que ha sido uno de los cerebros de la campaña electoral. Es el marido de su hija Ivanka.

Con el Senado y la Cámara de Representantes de su lado, y el Tribunal Supremo escorado por la renovación de tres puestos, que seguramente serán ocupados por magistrados conservadores, Trump puede gobernar sin las limitaciones que tuvo Obama, pero, además de su intención, estaba en el aire la concreción de su programa, que en algún aspecto es contradictorio con el de los republicanos.

Trump no es un político, sino un empresario pragmático acostumbrado a mandar y a moverse según sus intereses, ni es un ideólogo, aunque actúa con la firmeza de un fanático. La mentalidad que conforma sus ideas y actitudes se limita al repertorio de instituciones (familia, patria, iglesia y mercado) y prejuicios propios de un varón blanco, rico y conservador (machismo, racismo, nacionalismo y capitalismo). Si le añadimos la tendencia a ejercer el poder de forma autoritaria y la pasión por el orden público, tendremos los ingredientes de un fascismo latente, pero presto a salir a la luz en cualquier momento.

Ignora casi todo sobre la política mundial y va a gobernar el país como si fuera una

empresa, guiado por su lema "América, primero" y por cuatro elementos básicos que le han de servir de orientación: arriba y abajo, dentro y fuera, es decir, la gente y las élites, Estados Unidos y el resto del mundo. En medio, él, un dirigente populista, para beneficiar a los de dentro y de abajo (las familias y los trabajadores), y recuperar las fronteras, la riqueza y los sueños, según dio en la toma de posesión.

Hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande, es decir, fuerte, implica desandar parte del camino efectuado hasta ahora: desglobalizar, renacionalizar, romper lazos comerciales, retornar técnicas y capitales, reindustrializar y, claro está, competir con países del tercer mundo en el mismo terreno que ellos.

El proteccionismo es una defensa unilateral efectuada a costa de otros países, que puede desencadenar un efecto similar con nuevas barreras arancelarias erigidas de modo similar, aunque también puede ayudar a algunos países a liberarse del dogal de ciertos tratados o a negociarlos de nuevo. En todo caso, es un intento de remodelar el orden internacional decidido de modo unilateral por la Casa Blanca, que rompe la tendencia expansiva del capitalismo que era hasta ahora dominante. Lo que plantea no pocos interrogantes y permite atisbar el futuro papel de China, la fábrica del mundo y gran potencia exportadora, al ocupar el lugar de Estados Unidos como defensora del libre comercio.

El objetivo de Trump es producir en Estados Unidos -contratar estadounidenses y comprar productos estadounidenses-, lo que, además de restringir el comercio exterior y limitar la inmigración, persigue revitalizar la industria, mejorar el empleo y la competitividad. En ese sentido van la rebaja de impuestos a personas (el máximo baja del 39% al 33%) y sociedades (el máximo va del 35% al 15%) y la supresión de tributos sobre sucesiones.

Trump pretende sustraer la producción americana a la competencia internacional calificada de injusta -*hemos creado riqueza*

que se ha quedado fuera- y tener las manos libres: se deshará de los grandes acuerdos internacionales multilaterales y dará preferencia a los tratados bilaterales. El que aspira a mantenerse como el primer país del mundo no se puede ver limitado por pactos internacionales, ni por acuerdos sobre armamento o sobre el cambio climático (*un bulo de China*), que favorecen a quienes quieren atar de pies y manos a los Estados Unidos.

El magnate tiene una concepción similar a la de Ronald Reagan sobre la función de la energía. Las indicaciones sobre un uso más responsable de la energía se consideran una intromisión en la actividad de las empresas y de los particulares, que atenta contra la libertad de mercado. En segundo lugar, Estados Unidos no puede renunciar a ser una potencia económica y, en consecuencia, debe ser un gigante energético. Es obligación del Gobierno facilitar esa energía, aunque con ello tenga que aumentar la producción de combustibles fósiles (carbón y petróleo). *El ecologismo está fuera de control*, ha dicho, y ya ha autorizado el proyecto de construir dos oleoductos, que fue paralizado por Obama.

Trump se propone mejorar las infraestructuras con una inversión de tres billones de dólares e incrementar el presupuesto del Pentágono, como corresponde a una gran potencia, pero retirarse como garante de la seguridad de los países aliados, de los que espera que destinen fondos propios a mantener su propia seguridad.

Lo que unido a los 20.000 millones de dólares que costará el muro con Méjico, que, de entrada, debe adelantar Estados Unidos, y a la rebaja de impuestos hará crecer el déficit público, pero eso no es una prioridad para los republicanos, como se pudo comprobar durante el mandato de Reagan y el de G. W. Bush (jr.), que dilapidó el saneamiento realizado por Bill Clinton con la deuda dejada por su señor padre.

Entre las prioridades está abolir la reforma sanitaria, que ha beneficiado a 20 millones de personas, y la reforma financiera de

Obama para liberalizar ese mercado, así como endurecer la política migratoria devolviendo a su lugar origen a inmigrantes sin documentos de residencia, levantar un muro en la frontera con Méjico y establecer controles más rigurosos para detectar terroristas (ha prometido acabar militarmente con el Daesh).

Apoyado por la Asociación Nacional del Rifle, Trump defiende el derecho a poseer armas de fuego y ha asegurado que nombrará para el Tribunal Supremo jueces que lo mantengan. Lo cual refuerza la tópica visión de la personalidad de los estadounidenses como una mezcla de individualismo, religión y armas. En Estados Unidos se calcula que hay 300 millones de armas de fuego en poder de la tercera parte de la población. En 2016 su uso produjo en 12.000 homicidios y 25.000 heridos.

Tump refuerza el nacionalismo americano asentado en el binomio poder fuerte y hegemonía blanca, pero introduce una variación: hasta hoy el neoliberalismo, la religión de los ricos, ha ido acompañado de la defensa del mercado libre, pero desde ahora propugna el proteccionismo.

Dada la posición conservadora del Gabinete, también están en peligro los derechos de las mujeres (aborto, anticonceptivos, planificación familiar, ayudas a madres solteras), de los colectivos de gays, lesbianas y transexuales, e incluso la libertad religiosa, por la presión de la derecha cristiana a favor de la enseñanza confesional.

Mal asunto si con este programa cunde el ejemplo, porque sabemos que lo que ocurre en EEUU tiene muchos seguidores fuera de allí, más aún cuando Trump se suma a la oleada de partidos de derecha populista, que, con Farage, Le Pen, Wilders y Orbán, está emergiendo con fuerza en Europa.

En la ceremonia de acceso a la Presidencia anunció que entramos en una nueva era. Otra nueva era bajo la hegemonía conservadora de un imperio americano belicoso, pero retraído e impredecible. *Estaremos protegidos por Dios*, dijo.

Falta nos va a hacer.